



En cada Santa Misa sucede un misterio que supera toda comprensión humana: el mismo Sacrificio del Calvario se hace presente de manera incruenta sobre el altar. Todo cuanto rodea ese misterio posee una dignidad extraordinaria. No sólo el sacerdote, sino también quienes colaboran en la liturgia están llamados a desempeñar su servicio con profunda reverencia, espíritu sobrenatural y auténtica vida interior.

Entre ellos ocupa un lugar particular el **lector**, aquel que proclama la Palabra de Dios ante la asamblea. Sin embargo, existe un peligro muy propio de nuestro tiempo: reducir este ministerio a una simple función técnica. Se busca una buena dicción, una voz agradable, una correcta vocalización o una presencia segura ante el ambón, mientras se olvida lo esencial: **antes de ser un buen lector hay que ser un alma profundamente unida a Dios.**

Porque en la liturgia no basta con pronunciar correctamente las palabras inspiradas. Es necesario dejar que esas mismas palabras hayan transformado primero el corazón de quien las proclama.

La Iglesia siempre ha entendido que el servicio litúrgico exige una adecuada preparación espiritual. Ningún ministerio puede vivirse como un protagonismo humano. Todo servicio auténtico nace de la humildad, de la oración y del deseo de glorificar únicamente a Dios.

Este artículo quiere profundizar precisamente en esa dimensión muchas veces olvidada: **la preparación espiritual del lector**, especialmente desde la riqueza de la tradición litúrgica y espiritual de la Iglesia.

---

## El lector: una voz al servicio de Dios

Cuando escuchamos una lectura durante la Santa Misa podríamos pensar que simplemente alguien está leyendo un texto antiguo.

Pero la realidad es infinitamente más profunda.

Las Escrituras no son un libro cualquiera.

San Pablo afirma:



«Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para  
reprender, para corregir y para educar en la justicia.» (2 Timoteo  
3,16)

Cada palabra de la Sagrada Escritura tiene a Dios como autor principal.

Por ello, cuando el lector proclama la lectura, presta literalmente su voz para que resuene la Palabra inspirada.

No habla en nombre propio.

No expone opiniones.

No improvisa reflexiones.

No busca convencer mediante recursos humanos.

Simplemente desaparece para que Cristo hable.

Es una misión de enorme responsabilidad.

---

## La tradición de la Iglesia sobre el lector

En los primeros siglos del cristianismo existían las llamadas **órdenes menores**, entre ellas el lectorado.

No cualquiera podía desempeñar esta función.

El lector recibía una preparación espiritual específica y era considerado un verdadero servidor del culto divino.

Muchos Padres de la Iglesia insistían en que quien proclamaba la Escritura debía vivir conforme a aquello que anunciaba.

San Jerónimo escribía:



«Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo.»

Pero también podría añadirse:

**Leer las Escrituras sin vivirlas es privarlas de gran parte de su fuerza testimonial.**

Durante siglos, el lector fue considerado alguien especialmente formado tanto doctrinal como espiritualmente.

La tradición nunca entendió este servicio como una simple participación comunitaria.

Era un ministerio orientado al culto de Dios.

---

## Antes de abrir la Biblia, abrir el corazón

Existe una tentación frecuente.

Pensar que la preparación consiste únicamente en practicar la pronunciación.

Desde luego, es importante leer correctamente.

Pero eso constituye apenas la parte exterior.

La verdadera preparación comienza mucho antes.

Comienza en la oración.

Un lector debería preguntarse:

- ¿Estoy en gracia de Dios?
- ¿He rezado antes de proclamar la Palabra?
- ¿He meditado previamente el texto?
- ¿Estoy dispuesto a desaparecer para que sólo Cristo sea escuchado?

Estas preguntas son mucho más importantes que cualquier técnica de lectura.



Porque Dios no necesita voces perfectas.

Busca corazones disponibles.

---

## La vida interior del lector

Toda persona que sirve en la liturgia debería cultivar una intensa vida espiritual.

Esto incluye:

- oración diaria;
- lectura espiritual;
- examen de conciencia;
- confesión frecuente;
- asistencia devota a la Santa Misa;
- adoración eucarística;
- devoción mariana.

No son prácticas opcionales.

Son el alimento del alma.

Resultaría contradictorio proclamar el Evangelio mientras se lleva una vida totalmente alejada de él.

Nadie exige santidad perfecta.

Pero sí un sincero deseo de conversión.

---

## La importancia del estado de gracia

La tradición espiritual siempre ha insistido en el valor del estado de gracia.



No porque Dios deje de actuar mediante un pecador.

La eficacia objetiva de la Palabra no depende del lector.

Pero el fruto espiritual para quien sirve sí depende enormemente de su disposición interior.

Nuestro Señor dice:

*«Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, tampoco vosotros si no permanecéis en mí.» (Juan 15,4)*

El lector debería procurar confesarse con frecuencia.

No por escrúpulo.

Sino por amor.

Servir al altar merece ofrecer al Señor lo mejor de nosotros mismos.

---

## Preparar la lectura durante la semana

La proclamación comienza varios días antes.

Un lector no debería abrir el leccionario cinco minutos antes de la Misa.

Lo ideal es leer el texto durante la semana.

Después volver a leerlo lentamente.

Investigar su contexto.

Preguntar:



¿Qué quiere decir Dios aquí?

¿Por qué la Iglesia ha escogido esta lectura para este día?

¿Qué relación guarda con el Evangelio?

¿Cómo ilumina la vida actual?

Cuando llega el momento de proclamarla, esas palabras ya forman parte del corazón.

---

## La Lectio Divina: el mejor entrenamiento para un lector

Desde hace siglos la Iglesia recomienda la **Lectio Divina**.

Consiste en cuatro grandes pasos:

### **Lectura.**

Escuchar atentamente el texto.

### **Meditación.**

Reflexionar sobre su significado.

### **Oración.**

Responder a Dios.

### **Contemplación.**

Permanecer en silencio dejándose transformar.

Quien practica regularmente este método desarrolla una profunda familiaridad con la Escritura.



Entonces la proclamación deja de ser una simple lectura para convertirse en auténtico testimonio.

---

## La humildad: la virtud más importante

Hoy vivimos en una cultura obsesionada con la imagen.

Las redes sociales han acostumbrado a muchas personas a buscar continuamente reconocimiento.

Ese peligro también puede infiltrarse en la liturgia.

Algunos pueden pensar:

«Hoy me toca leer.»

«Espero hacerlo perfectamente.»

«Todos me escucharán.»

La espiritualidad auténtica cambia completamente esa perspectiva.

El lector debería pensar:

«Hoy Cristo utilizará mi voz.»

Nada más.

Nada menos.

San Juan Bautista expresó este espíritu con una frase inolvidable:

┃ *«Es preciso que Él crezca y que yo disminuya.» (Juan 3,30)*

Ese debería ser el lema interior de todo lector.



## La reverencia hacia la Palabra de Dios

La Biblia no es simplemente un libro religioso.

Es la Palabra inspirada por el Espíritu Santo.

Por ello merece veneración.

La tradición litúrgica siempre ha cuidado con enorme respeto el modo de proclamarla.

Los silencios.

La postura.

La dignidad.

La sobriedad.

Todo debe ayudar a manifestar que no estamos ante un texto cualquiera.

Incluso la forma de caminar hacia el ambón puede convertirse en una oración silenciosa.

---

## El lector también evangeliza

Aunque no predique una homilía, el lector evangeliza.

¿Cómo?

Con su ejemplo.

Con su recogimiento.

Con su actitud.



Con su modo de entrar en la iglesia.

Con su forma de arrodillarse.

Con el respeto hacia el Santísimo.

Muchas personas observan estos pequeños detalles.

Y esos gestos hablan incluso más que las palabras.

---

## La preparación humana también importa

La espiritualidad nunca excluye la preparación técnica.

Al contrario.

El amor impulsa a hacer bien las cosas.

Por ello conviene:

- practicar la pronunciación;
- conocer los nombres difíciles;
- controlar el ritmo;
- respetar las pausas;
- vocalizar claramente;
- evitar dramatizaciones;
- hablar con naturalidad.

No se trata de actuar.

Se trata de servir.

---



## El peligro del automatismo

Quien lleva muchos años leyendo puede caer fácilmente en la rutina.

Las mismas lecturas.

Los mismos gestos.

Los mismos horarios.

Entonces desaparece el asombro.

La mejor medicina consiste en recordar siempre una verdad:

**Cada Misa es única.**

Cada proclamación puede tocar el corazón de alguien.

Quizá una persona escuche hoy por primera vez esa lectura.

Quizá sea su última Misa.

Quizá Dios quiera convertir un alma precisamente mediante esa Palabra.

Nunca sabemos cómo actuará la gracia.

---

## María, modelo perfecto del lector

La Santísima Virgen jamás proclamó públicamente las Escrituras en la liturgia.

Pero nadie escuchó mejor la Palabra de Dios.

Ella representa el modelo perfecto.

Escuchó.



Meditó.

Guardó.

Vivió.

San Lucas afirma:

«*María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.*»  
(*Lucas 2,19*)

Antes de anunciar la Palabra es necesario aprender de María a custodiarla.

Todo lector debería encomendarse a Nuestra Señora antes de servir.

---

## San Jerónimo y el amor por la Escritura

San Jerónimo dedicó toda su vida al estudio de la Biblia.

Su pasión por la Palabra nacía del amor a Cristo.

Su conocida afirmación continúa siendo plenamente actual:

«*Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo.*»

Pero el lector está llamado a algo todavía más profundo.

No sólo conocerlas.

También dejarse conocer por ellas.

Permitir que la Palabra revele sus defectos, ilumine sus decisiones y conduzca toda su



existencia.

---

## El silencio como preparación

Vivimos rodeados de ruido.

Notificaciones.

Pantallas.

Música constante.

Conversaciones interminables.

Sin embargo, Dios habla muchas veces en el silencio.

Antes de la Misa resulta muy recomendable evitar conversaciones innecesarias.

Permanecer unos minutos recogido.

Rezar.

Adorar.

Pedir la asistencia del Espíritu Santo.

Así la proclamación nace del encuentro con Dios.

---

## El Espíritu Santo, verdadero protagonista

Toda preparación espiritual sería insuficiente sin invocar al Espíritu Santo.

Fue Él quien inspiró las Escrituras.



Es Él quien ilumina la inteligencia.

Es Él quien mueve los corazones.

Es Él quien hace fecunda la proclamación.

Antes de subir al ambón puede rezarse interiormente:

*«Ven, Espíritu Santo. Ilumina mi mente, purifica mi corazón y haz que tu Palabra sea proclamada con fidelidad, humildad y amor, para gloria de Dios y bien de las almas. Que mi voz desaparezca para que sea Cristo quien hable. Amén.»*

---

## Una propuesta práctica de preparación espiritual antes de proclamar la Palabra

La preparación del lector puede estructurarse como un pequeño itinerario espiritual:

### **Durante la semana:**

- Leer varias veces las lecturas asignadas.
- Estudiar su contexto bíblico.
- Meditarlas mediante la *Lectio Divina*.
- Pedir luz al Espíritu Santo.

### **El día anterior:**

- Revisar la pronunciación de nombres y lugares.
- Ofrecer ese servicio al Señor.
- Procurar descansar adecuadamente para desempeñar el ministerio con atención y serenidad.

### **Antes de salir de casa:**

- Hacer una breve oración de ofrecimiento.
- Si es posible, leer nuevamente el texto en un ambiente de recogimiento.



### **Al llegar al templo:**

- Guardar silencio.
- Hacer una visita al Santísimo Sacramento.
- Encomendarse a la Santísima Virgen y al santo patrono del día.
- Pedir la gracia de servir con humildad.

### **Instantes antes de subir al ambón:**

- Respirar con calma.
- Hacer interiormente la señal de la cruz.
- Recordar que no se trata de «hacer una lectura», sino de ser instrumento para que Dios hable a su pueblo.

---

## La misión del lector en un mundo que ha dejado de escuchar

Vivimos en una época saturada de palabras. Cada día recibimos miles de mensajes procedentes de redes sociales, medios de comunicación, publicidad y conversaciones fugaces. Paradójicamente, cuanto más se habla, menos se escucha. En medio de ese ruido constante, la proclamación de la Sagrada Escritura adquiere un valor profético.

El lector no transmite una opinión más entre tantas voces. Proclama una Palabra que no envejece, que no depende de las modas y que posee la capacidad de penetrar en lo más profundo del corazón humano. Como enseña la Carta a los Hebreos:

*«Porque la palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que espada de dos filos; penetra hasta dividir alma y espíritu, articulaciones y médulas, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.» (Hebreos 4,12)*

Esta certeza debe llenar de confianza al servidor de la liturgia. La fecundidad de su ministerio



no dependerá principalmente de sus cualidades naturales, sino de la acción de Dios, que se sirve humildemente de una voz humana para comunicar su gracia.

---

## Conclusión: antes de proclamar con los labios, escuchar con el corazón

Ser lector en la liturgia no consiste simplemente en leer bien. Consiste en **dejar que la Palabra de Dios transforme primero la propia vida**. La preparación espiritual no es un complemento opcional, sino el fundamento de todo servicio litúrgico auténtico. Quien sube al ambón lleva consigo no sólo un leccionario, sino también el testimonio de su fe, de su oración y de su deseo de servir.

El lector ideal no es quien recibe elogios por su dicción o por su voz, sino aquel cuya presencia pasa casi inadvertida porque toda la atención se dirige a Cristo y a su Palabra. Su mayor éxito será que, al terminar la proclamación, nadie recuerde al lector, sino que muchos recuerden lo que Dios les ha dicho.

En una Iglesia necesitada de testigos creíbles, el servidor de la liturgia está llamado a ser un hombre o una mujer de silencio, de oración, de humildad y de profunda comunión con el Señor. Sólo así su voz podrá convertirse en un humilde instrumento de esa Palabra eterna que sigue llamando, consolando, corrigiendo y santificando a las almas hasta el fin de los tiempos.